

Elisabeth Magie y este tablero de juego al que llamamos España

Por Cazador entre Cascabeles

Viendo hace unos días a Esperanza Aguirre cantar las bondades de su tierra para que en ella se instale esa sucursal de Sodoma a la que han dado en llamar Eurovegas, me vino a la memoria el nombre de una mujer cuya figura está íntimamente ligada con el juego y los solares: Elisabeth Magie.

Elisabeth, "Lizzie" como le llamaban sus amigos, era seguidora de las teorías del economista norteamericano Henry George y buscaba demostrar, de forma lúdica, los perniciosos efectos que obraba el monopolio en la oferta de bienes inmuebles, pues éste originaba que las rentas se tornasen abusivas, provocando así el rápido enriquecimiento de los propietarios a costa de la miseria de los arrendatarios. Para ello pergeñó un juego de mesa al que llamó *El juego de los arrendadores*, cuya patente solicitó que le fuese reconocida el 23 de marzo de 1903. Sin saberlo, Lizzie acababa de sentar las bases de lo que, con el tiempo y la alargada sombra de los hermanos Parker, acabaría siendo el juego de finanzas más popular del mundo: El Monopoly.

¿Quién no ha jugado alguna vez al Monopoly? ¿Quién no ha alcanzado el éxtasis viendo la cara de panoli que se le quedaba a su primo, a su vecino, o a su cuñado al caer en alguna de las calles de color azul cuando en ellas se enseñoreaba un hotel rojo y horondo como el sol del atardecer? ¿Y quién no ha disfrutado leyendo las apasionantes, a la par que instructivas, reglas del juego? Me temo que aquí acabo de quedarme solo.

En efecto, siendo esencialmente España un país donde la gente aprende de oídas, me temo que entre los lectores de este artículo nos las veríamos moradas para juntar a media docena que se hubiese leído las susodichas instrucciones. Así pasa, que con el boca a boca las reglas del juego van evolucionando y no se juega igual en casa de tu amigo el de Zamora que en el cuartel cuando hacías la mili en Valencia; y si alguien reclama o protesta siempre está el socorrido recurso a la tradición: "Pues aquí hemos jugado así toda la vida".

En cualquier caso, se juegue con las reglas que contiene la caja, si es que las contiene, porque todas acaban desapareciendo en extrañas circunstancias (ríanse ustedes de lo de Vélmez comparado con esto); o se juegue con las reglas de la casa, esas reglas tienen siempre que estar sujetas a dos principios para que la cosa funcione: coherencia y reciprocidad. Es decir, han de guardar relación y proporción entre ellas y, a su vez, ha de existir correspondencia entre lo que tú haces y lo que te pueden hacer a ti. De este modo,

nadie consentiría que se pudiese hipotecar una calle por un valor mayor al venal; ni nadie aceptaría que alguien cobrase 400 euros por concluir el recorrido del tablero mientras el resto cobra solo 100.

En este tablero de juego al que llamamos España sucede hoy en día algo parecido. No juntaríamos media docena entre los que leen estas líneas que sean lectores habituales del BOE, o que lean los decretos en los que se materializan las reformas. Ahora bien, esto no es óbice, sin embargo, para que sean cada día más los que se dan cuenta de que la cosa no funciona, pues ni la coherencia ni la reciprocidad se encuentran entre los principios que conforman e inspiran nuestras reglas del juego.



No es coherente ni recíproco, por ejemplo, que se haya reducido el número de médicos, profesores, asistentes sociales o bomberos y que, por el contrario, se mantenga el mismo número de concejales liberados, diputados provinciales, diputados regionales, diputados nacionales, senadores, etc. Cierto que son los representantes de la inalienable voluntad democrática, pero puestos a elegir yo prefiero que me representen un poco menos y que me curen, me enseñen o me protejan un poco más.

Tampoco podemos hablar de reciprocidad o coherencia cuando alguien, al invertir en comprar una casa, se equivoca en sus expectativas, no puede pagarla, y la acaba perdiendo; mientras que un consejero delegado de un banco (infinitamente mejor informado y asesorado) obtiene una cuantiosísima indemnización tras haber arruinado a la entidad como consecuencia de haberse equivocado en muchas malas inversiones.

De este modo, lo que menos puede sorprendernos a estas alturas es que cada vez sean más los que acusan a la banca y a los políticos de amañar la partida, pues resulta extraño que todas las cartas de sorpresa que le tocan al contribuyente sean de pagar mientras que las que les tocan a banqueros y políticos sean las que les dejan libres de la cárcel. Como tampoco puede sorprendernos que cada vez sean más los que, como sucedería jugando al monopoly, se levantan de la mesa al grito de "¡sois unos tramposos de mierda!"

Cazador entre cascabeles *estudió un poco de todo en la misma universidad que Quevedo. Trabaja rodeado de ordenadores, personas y libros. Filósofo vocacional, es el fundador, dirigente y único miembro del proyecto Filosofía en una Lata de Galletas, que persigue bajar la filosofía del altillo, abrir la caja y dejar que la gente mire dentro.*